

Y guiarán vuestro paso vacilante
 Las doctrinas que en ellas imprimieron
 Los muchos sabios que en el mundo fueron.

No es el valor la fuerza prepotente
 Que eleva á las naciones
 De gloria á las espléndidas regiones,
 Sino la ilustración y el adelanto:
 Cubrid con ese manto
 Los hombros de la patria tan amada,
 Brille sobre su frente
 Del sabio la diadema
 Para que sea del mundo respetada,
 Y á luz de la gloria,
 Del adelanto intelectual emblema,
 Será su pabellón ante la historia.

RAFAEL LÓPEZ DE MENDOZA.

DISCURSO SOBRE LAS BIBLIOTECAS

PRONUNCIADO EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS
 Y CLAUSURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL INSTITUTO CAMPECHANO

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871

POR EL DOCTOR JOAQUIN BLENGIO

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO

Sr. Lic. D. Joaquín Baranda.

Campeche, Noviembre 15 de 1883.

Mi querido amigo:

Si á vd. pertenece la gloria de haber, en su primera administración, abierto al público la Biblioteca del Instituto Campechano, de que era yo entonces Rector, justo es que, al honrarme con la reimpresión de este pequeño trabajo, lo dedique á vd. con tanta más razón, cuanto que me fué inspirado por aquella importante mejora debida á su laudable iniciativa, y por las elocuentes y expresivas frases que dirigió vd. á los que asistieron á la celebración de aquel fausto suceso. Y, aunque obra sin mérito, y sin que esto agregue ni uno más á los muchos y brillantes títulos que ha sabido vd. tan dignamente conquistar, acéptelo vd. como un testimonio de admiración por su talento, y como una muestra del sincero cariño que le profesa su amigo

J. BLENGIO.

DISCURSO SOBRE LAS BIBLIOTECAS
PROMUEVIAN EN LA DISTRICION DE TERRAS
Y CLASURA DE LAS ESCUELAS
DEL INSTITUTO CAMPESIANO
EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1877
POR EL DOCTOR JOAQUIN ELENGIO
RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO
Sr. Sr. D. Joaquin Elengio

Si se pretende la gloria de haber, en su primera administración,
abierta al público la Biblioteca del Instituto Campesino, de que con su
antigua Rector, Juan de los Rios, se han de conservar con la respectiva de sus
quien, al tiempo de la edición de él, con tanta más razón, cuanto que me sé
impulsado por aquella importante responsabilidad de su honorable institución,
y por las docenas y expresiones francas que dirigí en él, las que existieron
de la edificación de aquel famoso suceso. Y aunque con su mérito, y en
que esto aparece en una serie de los nombres y bellas frases que se han
de él, tan dignamente enmendado, así como en el testimonio de su
atención por su talento, y como una muestra del sincero cariño que le pro-
feso su amigo

J. Elengio



LAS BIBLIOTECAS.

I

SEÑORES:

DE nada servirían las conquistas del espíritu humano, si acabaran con el hombre en el sepulcro. Si las verdades de las ciencias, secretos arrancados á la naturaleza, se perdieran con los que las descubren; si las creaciones del entendimiento, hijas de la inspiración, murieran con los que tienen el privilegio de forjarlas, la humanidad permanecería inmóvil, y una ignorancia invencible sería su funesta herencia. Nadie pretendería un descubrimiento de pasajera utilidad; nadie correría tras una invención que habría de aprovechar por poco tiempo; nadie se entregaría á meditaciones cuyo fruto sería

efímero. Torricelli no hubiera inventado el barómetro, Kepler, no hubiera creado sus leyes, Cristóbal Colón no hubiera descubierto el Nuevo-Mundo. Inútil sería el sabio que narrara sus obras; inútil el poeta que cantara su numen; inútil el orador que hiciera oír su elocuente palabra; inútil, en fin, el artista que arrancara á las cuerdas su armonía, que esculpiera en la piedra su inspiración, que trasladara al lienzo su entusiasmo. ¡Pobre Sócrates, si hubiera desaparecido su Fedón! ¡Pobre Demóstenes, si se hubieran olvidado sus Filípicas! ¡Pobre Goethe, si se hubiera perdido su Fausto! ¡Pobre Fidias, pobre Rafael, pobre Rosini, si nadie se acordara del Júpiter-Olímpico, si nadie se acordara de La Transfiguración, si nadie se acordara del Guillermo Tell! Hoy viviríamos como nuestros primeros padres, si los adelantos, debidos al ingenio ó á la casualidad, no hubieran pasado de los primitivos moradores del mundo: nuestras habitaciones serían chozas; nuestros vestidos, pieles; nuestros alimentos, los frutos silvestres de los campos. Triste sería para nosotros si hoy hiláramos como Nahama, si trabajáramos los metales como Tubal Cain, si cultiváramos la viña como Noé. Pero es más grandioso nuestro destino: nuestra misión sobre la tierra no es vivir como tribus errantes, sin pasado que recoger y sin futuro que esperar: nuestra noble inteligencia y nuestra admirable organización nos impelen á vivir en

sociedad, á tener una historia, á preparar á nuestros descendientes el camino por donde han de pasar: somos como la esfinge colosal del desierto cuya grande oreja, segun el magnífico pensamiento de Ampère, parece recoger los ruidos del pasado, y cuyos ojos, vueltos al Oriente, parecen espiar el porvenir. ¿Qué sería el hombre si sólo trabajara para él? Su existencia sería un egoísmo estéril, un vacío sin goces, una carrera sin emoción. ¿No es el encanto de la vida partir con nuestros padres y con nuestros hijos, eslabones que nos ligan á la cadena de nuestros semejantes, la cosecha de nuestro laborioso afán? Si porque no hemos de recoger el fruto del árbol que plantamos hoy, lo dejáramos de plantar, ¿qué poseería en este momento la humanidad? Sólo los animales nada recuerdan ni nada aguardan; sólo al bruto no ha sido concedida la perfectibilidad; sólo los seres irracionales no cuidan de mejorar la situación de su especie. ¿Queremos nosotros ser así? Pues bien: sólo conservando como en un depósito los adelantos que vamos adquiriendo, para trasmitirlos á los que nos han de suceder; sólo acumulando los materiales que vamos recogiendo en el sendero de la vida, para entregarlos á los que vienen detrás; sólo grabando en indelebles páginas el resultado de nuestras lucubraciones, de nuestros esfuerzos y de nuestra constante observación, para legarlos á las generaciones venideras, es como

podemos llenar el fin para que fuimos creados: el progreso y la felicidad. Por eso Dios ha querido que la humanidad disponga de su suerte. De allí el empeño del hombre en consignar á la posteridad de mil maneras sus pensamientos y sus obras, sus esperanzas y designios; de allí las altas pirámides que nos recuerdan el esplendor de cien pueblos que han desaparecido; de allí los obeliscos que con sus inscripciones emblemáticas nos hablan de una pasada grandeza; de allí los suntuosos monumentos que con sus relieves simbólicos nos demuestran una civilización antigua; de allí, por último, los libros que nos enseñan la cultura de nuestros antepasados. Así es como el movimiento del espíritu se propaga de generación en generación, á fin de que nada se pierda para la gran familia humana. Pero el hombre no podía conservar en su frágil memoria ni en su adulterable tradición todos los conocimientos adquiridos. Necesario le hubiera sido tener al mismo tiempo el alma de Aristóteles y de Galeno, de Horacio y de Vitruvio, de Linneo y de Pitt. Por eso se vió obligado á reunir en recintos estrechos todas las ciencias, todas las artes, todas las doctrinas. De allí la Biblioteca, ese foco de todas las luces, esa cabeza de todos los cuerpos, ese cuerpo de todas las almas, esa alma de todas las inteligencias.

II

Casi todos los pueblos desde los más antiguos hasta los más modernos han comprendido la necesidad de esas grandes colecciones, y todos han fundado sus bibliotecas. Dos mil años antes de Jesucristo, Osimandias estableció en Tebas una famosa que se cree la primera del mundo. En las ruinas de Ramasseum se ha encontrado otra no ménos notable, puesta bajo el patrocinio de dos divinidades: Toth, dios de las ciencias y de las artes, y Saphré, señora de las letras. ¡Cuál sería la importancia que daban los Egipcios á semejantes establecimientos, cuando los creían dignos de ser colocados bajo la protección del cielo! La medicina, la teología, la magia, la epopeya, todas las nociones de aquella edad se encontraban allí. Y esto no es una fábula: no ha mucho que Mr. Rougé leyó al Instituto de Francia la traducción de un poema de esta biblioteca, consagrado á celebrar las hazañas de Ramsés. ¿Quién no ha oído hablar de la célebre biblioteca de Alejandría, cuyos setecientos mil volúmenes el Bruchion y el Serapeum apenas podían contener? Conocidas fueron la de Nínive, la de Nísibe y la de Sinope que fué trasladada á Edesa. Menfis tuvo una en el templo de Vulcano, y

también los Hebreos tuvieron la suya que guardaba las tablas de la ley y los libros de Moisés y de los profetas. Eumenes fundó una en Pérgamo que llegó á tener doscientos mil volúmenes. Pisítrato estableció en Atenas la primera biblioteca pública que se conoció en su patria; quemada la ciudad por Xerjes, los libros fueron trasportados á Persia, y muchos años después Seleuco Nicanor los devolvió á los atenienses. Policrates, Euclides el ateniense, Nicocrates de Chipre y Eurípides tuvieron también bibliotecas particulares en Grecia. Roma, la que había llevado por todas partes sus armas victoriosas y dominando al mundo; la que recogía para su engrandecimiento en los pueblos vencidos cuanto podía aumentar su esplendor, llenó también su recinto de bibliotecas. Siglo y medio después de la derrota de los Persas, Pablo Emilio formó una en aquella ciudad. Más tarde estableció otra Sila. Augusto fundó la Palatina y la Octavia. Tiberio reunió una en el Capitolio. Quemadas éstas, Domiciano hizo copiar los manuscritos de la biblioteca de Alejandría, y formó una nueva. Vespasiano fundó otra no menos importante en el templo de la Paz. Pero la más rica y notable de la ciudad eterna, fué la Ulpiana que Trajano, entre otras obras grandiosas, se propuso establecer. Particulares tuvieron también sus bibliotecas: Ciceron, Julio Marcial, Silio Itálico reunieron las suyas. Epafrodites juntó treinta mil volúme-

nes. Plinio, el jóven, reunió en Laurentium una numerosa; Lúculo, mucho antes, una escogida en Tusculum, y el médico Lamenius Serenus acopió en otra sesenta y dos mil volúmenes. En el siglo IV tenía Roma veintinueve bibliotecas públicas. Mas la primera de esta clase, es decir, la primera abierta al pueblo para su instrucción, fué la que fundó Asinio Polión en el atrio del templo de la Libertad. Así el distinguido orador, el noble poeta, el sabio historiador, llamó á las diversas clases de la sociedad, muchas sumidas entonces en la oscuridad y en la abyección, al cultivo de la inteligencia, á la elevación del espíritu y al ennoblecimiento de las pasiones capaces de conducir á la gloria y á la felicidad; así, con la elección del sitio que supo preferir, tal vez quiso dejar comprender que los gobiernos liberales son los que difunden las luces en todos los rangos del pueblo, y que la ilustración de los ciudadanos solamente puede conducir á la verdadera libertad. Tan noble objeto, tan sublime intención, no pueden ser extraños en el protector de Virgilio, cuya vida y fortuna se propuso tan generosamente salvar. Ojalá que todos los gobernantes imitaran á Polión; ojalá que los grandes tendieran, como él, una mano amiga al genio desgraciado y al talento oprimido por la envidia y por el bastardo interés.

III.

Al hablar de esas célebres bibliotecas de los tiempos antiguos, tiempos que más veneramos á medida que los estudiamos mejor, no podemos ménos que admirar los esfuerzos incansables del hombre por su cultura, su paciente constancia por su mejoramiento, su paso resuelto y firme hácia la civilización. Nada le desalienta, nada le espanta, nada le intimida. Venciendo obstáculos, exponiendo su vida, sacrificando á veces sus afecciones, llega al término de sus afanes exclamando como Arquímedes: "lo he encontrado." Hoy pone la primera piedra, mañana la segunda, luego la tercera, y así construye el edificio que se propone levantar. Ahora bien: miéntras con ménos elementos cuentan las generaciones para sus empresas, más dignas de admiración son sus obras, y más dignos de elogio sus afanes. Si en los tiempos á que nos referimos, hubiera sido conocida la invención del genio de Maguncia, nuestra sorpresa sería menor al ver estas grandes acumulaciones de escritos de que nos hablan las historias; pero en esta época retirada de nosotros, todos los libros se copiaban á mano, y esto exigía largo tiempo y una paciencia á toda prueba. Copistas de profesión, profesión honrada y dis-

tinguida, se dedicaban á esta ruda tarea, y el calamus de caña primero, y la pluma después, eran los únicos instrumentos de escritura. El papiro al principio, y más tarde el pergamino, servían entonces de papel. El papel de trapo de que usamos hoy no empezó á fabricarse sino hasta el siglo XIII, y por consiguiente, no estaba á disposición de aquéllos obreros, tal vez más laboriosos y más perseverantes que nosotros. Pero la rivalidad de los pueblos hizo raro el papiro. La preparación del pergamino no podía bastar para cuanto se podía escribir. Cuando la decadencia de las artes, escaseó de tal suerte, que los monjes de la edad media, bastante pobres para podérselo procurar, borraban por medio de ciertas preparaciones la escritura antigua, para escribir en ellos sus oficios. Esta práctica hizo perecer muchas obras preciosas de la antigüedad; pero la Providencia, que dispone siempre las cosas á nuestro favor, no queriendo que se perdiesen estos inapreciables tesoros, permitió que se encontrase el arte de hacer reaparecer sobre aquellos palimpsestos, trozos enteros de varios autores griegos y latinos que, sin esto, se hubieran perdido para siempre. De esta manera, el ilustre filólogo Angelo Mai devolvió á las letras muchos fragmentos de Plauto, de Frontón, de Dion Casio, de Eusebio y de otros, que indudablemente nunca hubiéramos vuelto á poseer. Conseguir el pergamino era, pues, difícil y costoso. Un

libro era por tanto de elevado precio, y las bibliotecas costaban grandes sumas. Las obras de Homero llegaron á valer tres talentos ó más de dos mil pesos de nuestra moneda, y otras de menor importancia costaban ciento, reduciendo al nuestro su antiguo valor. ¡Cuántas penas, cuántos sacrificios, cuánta constancia no se necesitarían para formar una biblioteca de millares de obras! Figurémonos tres millones de volúmenes manuscritos, como los que llegó á tener la biblioteca de Trípoli de Siria, trabajados con limpieza, propiedad y corrección, y tendremos una obra prodigiosa y sin igual. Debemos confesarlo: el templo de Diana y los jardines suspendidos de Semíramis no nos causan tan profunda admiración.

IV

Pero nada hubieran importado tantas fatigas en trasladar cuidadosamente á esas pieles las elaboraciones del espíritu; nada hubieran importado tantos desvelos en coleccionar todas esas obras; nada hubieran importado tantas sumas invertidas en crear esos archivos del entendimiento, si esas arcas de la historia y del progreso, sobreviviendo á las borrascas y revoluciones de los siglos, hubieran llegado hasta nosotros, y llegaran toda-

vía más allá para el provecho de la especie humana. Pero hunos y godos, hérulos y vándalos y otras hordas igualmente salvajes, impelidas por el genio de la devastación, se arrojaron sobre el Occidente, y con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra, arrasaban cuanto encontraba su furor. La sangre corrió por todas partes á torrentes, las ciudades fueron reducidas á cenizas y los campos talados sin piedad. Escombros y humo, cadáveres y lamentos era cuanto dejaban en su paso estas fieras inexorables del Norte. Entonces desaparecieron las bibliotecas entre las llamas del incendio; entonces se abrasaron sin misericordia esos tabernáculos que guardaban los anales del mundo. En medio de aquel torbellino no hubo Alejandros que perdonasen, ni Píndaros perdonados tampoco. La tierra hubiera sido una inmensa Escitia cubierta de una eterna noche, si los monasterios no hubieran servido de refugio á la sobrecogida civilización. En estos respetables asilos, tablas de salvación en aquel espantoso naufragio, los monjes recogieron en el fondo de sus claustros los restos de la espirante cultura, y los despojos de la terrible asolación. Muchos libros fueron salvados en los conventos, y allí, en el silencio de las celdas, aquellos religiosos, consagrados á su estudio, mantuvieron el fuego sagrado de la inteligencia y salvaron así la ciencia humana. El atraso fué sin embargo inmenso: los pue-